

I Encuentro Internacional de Escritores en México

CRONICAS MEXICANAS

J. J. ARMAS MARCELO

MEXICO ya no es —por mor de la civilización y el falso progreso— “la región más transparente del aire” cantada por Alfonso Reyes y que dio título a la conocida novela de Carlos Fuentes. Por el contrario, México es hoy una imponente urbe que crece en el horizonte luminoso de la noche de la laguna que mandara secar Hernán Cortés. Una ciudad aún sin censo que puede superar, sin estridencias, los veinte millones de habitantes. Una feria de color a la que siguen subiendo imparablemente, subyugados quizá por el espejismo milenario de su historia y su leyenda, miles de campesinos que huyen de la miseria y el subdesarrollo para hacinarse en los barrios suburbiales o transitan menesterosos por las calles de la capital federal acompañados por toda su familia, sin llegar a entender ni un ápice del laberinto que se abre ante sus perplejos pensamientos.

Pero México es también, hoy por hoy, tras el decaimiento de Buenos Aires y pasada la moda de La Habana, la capital cultural del mundo latinoamericano. Tal vez por eso, para ganarse a pulso tal título, México ha inaugurado con inteligencia envidiable una política de comunicación cultural, abriéndose aún más a las repúblicas hermanas y —esta vez también, como siempre— a España. Fruto inmediato de esta política cultural ha sido la reciente celebración de la I Feria Internacional del Libro. Visitadísima, la Feria ha cumplido con creces el objetivo inicial de sus organizadores y prepara con renovada voluntad la que tendrá lugar el año que viene por las mismas fechas, en mayo, un poco antes de la temporada de lluvias, cuando Tláloc llora torrencialmente sobre México todos los días a las tres de la tarde.

Paralelamente a la Feria, y en el mismo recinto del Palacio de Minería —debido al valenciano Tolsá—, se celebró un Encuentro Internacional de Escritores que reunió a más de un centenar de ellos, entre los que hay ya un claro grupo de jóvenes novelistas

—reconocidos ya en sus países respectivos— que en México lucharon sus mejores armas: Fernando del Paso, Arturo Azuela, Alfredo Bryce Echenique, Manuel Puig, Vaz de Soto, Adriano González León y otros que, como Salvador Garmendia, no pudieron estar presentes. Grupo abierto a nuevas inclusiones que ha decidido volver a encontrarse en febrero del año próximo, en la Universidad de Berkeley, bajo la batuta asimiladora del peruano José Durand.

El desarrollo del Encuentro

Junto a estos novelistas figuraban escritores ya consagrados internacionalmente o figuras relevantes de las literaturas nacionales que atendieron las invitaciones cursadas por la Universidad Nacional Autónoma Mexicana. Camilo José Cela, que encabezaba la delegación española, fue nombrado Presidente Honorario del Encuentro, igual que el cuentista mexicano Juan de la Cabada. Mientras tanto, Carlos Barral asumía el papel de Presidente ejecutivo, de común acuerdo entre los asistentes a la reunión. La presencia del editor y escritor catalán tuvo el don de la ubicuidad. Quizá por eso algún rotativo mexicano declaraba, al final de las jornadas del Encuentro, que la reunión había sido “un escaparate de exhibición para Barral y su estable”. En todas las mesas en las que participó, Barral esgrimió con sabrados argumentos su tesis de “una única literatura, la literatura de la lengua castellana”, proclamando su respeto por la peculiaridades de las literaturas nacionales. Adriano González León, en su inagotable, barroco y apasionado lenguaje caribeño, repetía la necesidad de darnos cuenta de la “existencia de un continente literario inmenso, que incluso tiene mar, un continente que empieza en los Pirineos y termina en la Patagonia”. Cela, por su parte, recibiría una fuerte ovación cuando en una de sus intervenciones afirmaba su “convicción

de que si el Premio Nobel fuera concedido por motivos estrictamente literarios, durante seis años consecutivos habría de ser otorgado a escritores de lengua española”.

Mientras tanto, el poeta español Angel González proclamaba las igualdades publicitarias del Cristo de Velázquez y los paneles propagandísticos de la Coca-Cola, “dirigidos a un mismo público en diferentes épocas históricas y por distintos agentes”. José Miguel Oviedo, uno de los más lúcidos críticos del continente, aclaraba su defensa de la crítica lite-

raria. Alfredo Bryce Echenique, a caballo entre la realidad de la ficción y la ficción de la realidad, relataba las aventuras interminables de su vida, acabando con el cuento del Via crucis rectal de Martín Romaña, increíble capítulo de su última novela, aún inédita. Entre margarita y margarita, José Esteban moderaba algunas de las mesas redondas. Vaz de Soto fue incluso lapidario: “Cuando la política se introduce demasiado en la literatura, el producto es puro panfleto propagandístico”. Y se atrevió a citar a García Márquez.



Mesa redonda sobre el autor y su obra. Participan Manuel Puig, Fernando del Paso, Arturo Azuela, José Miguel Oviedo y Alfredo Bryce Echenique.



Caballero Bonald, José Durand, Vaz de Soto y Fernando del Paso hablan de su experiencia literaria en “la capilla” del Palacio de Minería.



Azueta (México) lee ante los periodistas el recuento final del Encuentro. Asisten (de izquierda a derecha) los escritores Waldo Leyva (Cuba), Adriano González León (Venezuela), José Donoso (Chile), José Esteban (España), Fernando del Paso (México), César Leante (Cuba), Juan de la Cabada (México), Arturo Azuela (México), Carlos Barral (España), Armas Marcelo (España), Angel González (España), Vax de Soto (España), Alfredo Bryce Echenique (Perú) y José Durand (Perú).

La literatura y el exilio

Lógico era que los derroteros fundamentales del Encuentro volvieran a pinchar, a lo largo de las curvas del camino, en el hueso del exilio. Mario Benedetti, carismático profundo, exhibió sus mejores dotes para explicar lo que el exilio significa en el escritor, tesis en las que abundó su compatriota Martínez Moreno. Se refería al exilio obligatorio. Martínez Moreno aprovechó la ocasión para dar un tirón de orejas "a escritores que en esta hora crucial del continente llegan a México a discutir en los periódicos sobre si su última novela es pornográfica o erótica", con directas alusiones a las declaraciones de José Donoso y Manuel Puig. Particularmente literario estuvo, como siempre, el chileno Donoso que estableció, sin más y con todo rigor, los parámetros de la creación de una lengua estrictamente literaria. Cuando unos van, otros vienen: Donoso se vuelve ahora a vivir a Santiago. "Eso está muy bien —le diría Luis Buñuel—, cada león a su guarida". Bryce Echenique, el máximo talento de los jóvenes novelistas presentes en el Encuentro, exiliado en París desde hace ya tanto tiempo, reclamó cortésmente la atención que el público le dispensó: "Cuando le dije a mi padre que quería ser escritor, me dio tal pataca que inmediatamente quedé convencido de la necesidad del exilio para llegar a serlo. Alfredo, me dijo mi abuelo a los ochenta años, vete a París a radicalizarte, no a radicarte. No me arrepiento de haber seguido su consejo". Al mismo tiempo, la delegación cubana —César Leante y Waldo Leyva— trataban de explicar por todos los medios a su alcance la postu-

ra del escritor en Cuba, repitiendo tajantemente: "dentro de la revolución, todo; fuera de la revolución, nada". Ni siquiera la absolución de la Historia...

Todos los escritores del Encuentro se afanaron por deslindar la literatura de la política y la literatura política del panfleto, incluso escritores tan comprometidos como Mario Benedetti, que exigió su derecho a la experimentación literaria como otro escritor cualquiera.

La ausencia mexicana

Al borde mismo de la mitad del Encuentro, se rindió homenaje a los escritores mexicanos. Pocos fueron, sin embargo, los mexicanos que participaron activamente en el Encuentro. Juan de la Cabada ("Juan de la Palabra"), Monreal y algunos más, como el poeta Montes de Oca. Rulfo apareció tímidamente, como siempre, a saludar a los amigos. Pacheco envió saludos telefónicos. Octavio Paz, el intelectual mexicano que más reticencias políticas despierta actualmente en su país, no se dio por enterado de la reunión. Todo el grupo de Vuelta fue el gran ausente. Fueron invitados: ni negaron ni afirmaron su presencia. Simplemente no aparecieron. Tampoco Fernando Benítez, ni Carlos Monsivais, que habían prometido asistir a una de las mesas redondas. Sabines estaba fuera, en su Estado natal, sumido en actividades políticas. El día de la clausura del Encuentro apareció, por fin, García Márquez, cuando los escritores asistentes saludábamos al Presidente de la República en la inauguración de las ruinas del Templo Mayor. El colombiano afirmó a

la prensa que "Cuba quedaría purificada tras la salida de los maleantes e indeseables". A nosotros nos dijo otras cosas: "Si escarbas en México, encuentras ruinas. Si se te ocurre seguir para abajo, sacas petróleo".

Las ausencias, muy comentadas, fueron innecesarias y no restaron, en esencia, brillantez a los actos del Encuentro. Prueba de ello es que el Encuentro ha fijado ya su celebración anual durante las mismas fechas del mes de mayo.

Los documentos

Por las distintas corrientes ideológicas que se movieron durante las jornadas se trató de redactar para su adhesión tres documentos diferentes. Unos de protesta contra las sangrientas dictaduras de El Salvador y Guatemala, firmado indiscriminadamente por la mayoría de los escritores asistentes. Otro de apoyo internacional a Cuba, "ante el proyecto de invasión yanqui", que no prosperó en ningún momento y cuya fuerza quedó definitivamente en el tintero por la reticencia que algunos mostramos con respecto al "incondicional apoyo a la Revolución Cubana". "Fidel —esgrimió Bryce Echenique— ha ofendido gravemente a Perú y Venezuela. A todo el Pacto Andino". "Alfredo —respondía Leante—, no confundas pueblo con gobierno". La verdad es que el único que confundía tales conceptos era el cubano. Y un tercer documento, lanzado por Arturo Azuela —con la aquiescencia de todos— a modo de recuento de los trabajos realizados "bajo una notoria serenidad, madurez y comprensión, con un espíritu consciente que ha reafirmado la libertad de expresión". Hubo agradecimien-

tos para las instituciones que propiciaron el Encuentro (UNAM, Feria Internacional del Libro, Instituto Nacional de Bellas Artes, Asociación de Escritores de México y la colaboración del Instituto de Cooperación Iberoamericana de España), en el cual "entre los escritores y el público asistente se estableció una corriente de estrecha comunicación y en el que nunca aparecieron las consabidas fricciones generacionales". Fue el mejor modo para que "el quehacer literario se reafirmara como un hecho esencial de la imaginación". Nadie se atrevió a proponer una metrópoli capital de la cultura hispánica y se hizo patente la voluntad de entendimiento entre los latinoamericanos y los españoles, comunicación casi siempre encasquillada en malos entendimientos y en particular por la poca frecuencia de esos encuentros que ahora toman nueva fuerza y que el año que viene tendrán su celebración en Caracas, en el II Congreso Internacional de Escritores de Lengua Española. En definitiva, es patente que "existen en el mundo de lengua española autores que, distantes geográficamente, se encuentran unidos —por vocación y oficio— para mantener y acrecentar nuestra literatura".

El final, en La Paz

Paco Ignacio Taibo —uno de esos verdaderos embajadores de España, que no necesitan de cargo oficial para demostrarlo— nos llevó a través de las calles de Cuernavaca, tras la sombra de Malcolm Lowry y Geoffrey Firmin. Nos enseñó la silueta vespertina, "majestuosa y nitida" del Popocatepetl. Nos brindó, en todo momento, su mesa y su siempre renovada simpatía. Fi-

CRONICAS MEXICANAS

nalmente, nos trasladó a los españoles —y al "adherido" Alfredo Bryce, adoptado por la delegación como miembro asociado— hasta La Paz, capital del Estado de Baja California Sur, al Occidente Norte de México. Se trataba de la celebración de las fiestas de la fundación de la ciudad. Pepe Esteban, Vaz de Soto y Angel González habían perdido, en el camino de Tacuba, la ocasión de encontrar la tumba de Cernuda, lo que hizo afirmar al poeta González que "el poeta Luis Cernuda/tiene buena información./cuando viene Pepe Esteban/se cambia de panteón". En La Paz nos esperaba la sorpresa de un nuevo y formidable anfitrión: Enrique Nava, organizador de las fiestas de la fundación que terminaban en las madrugadas azulosas, tragando inacabables cubalibres y degustando —a orillas de la onomatopéyica playa de Pichilingüe— las inimaginables almejas chocolates. Barral seguía defendiendo a Paz en La Paz: "Es uno de los primeros poetas de la lengua". Alguien propuso que Alexandre y Guillén tampoco estaban mal. Un cantante invitado, cuya desorbitada y pantagruélica humanidad saltaba por los cables de su estómago, se echaba encima del vizconde de Calafell que defendía, "a bata y espada" a Octavio Paz. La discusión llegó prácticamente al insulto mitigado o encubierto. Barral, entre langostas asadas y cervezas, entre guitarras y cansancio, lanzó sobre el rostro del cantante Solórzano, a falta de guante, la servilleta de papel con la que eliminaba los restos de los mariscos. "Escoja sus armas", espetó retador y desahogado el editor catalán. El rostro perplejo del cantante protesta dio paso a la hilaridad de los presentes. La fiesta terminó en paz, pese a Paz, en La Paz. Quedaba en el ambiente la anécdota de la tremenda ambigüedad en el lenguaje que practican los mexicanos contada por Adriano González León. Al leer el venezolano un panel publicitario, cuyo texto decía exactamente "la verdadera cerveza de barril, embotellada", y preguntar al taxista que cuál era la diferencia entre ambas cervezas, la sabiduría lingüística del mexicano le hizo contestar: "Pos es lo mismo, no más que diferente". ■ J. J. A. M. (Fotos: Christa Cowrie).

DONDE HABITE EL OLVIDO

JOSE MARIA VAZ DE SOTO

UNA de las mejores, si no de las más conocidas, rimas de Bécquer termina con esta lapidaria estrofa:

*En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.*

Luis Cernuda adoptó, como es sabido, el tercero de estos versos para titular con él uno de sus libros, cuyo primer poema comienza así:

*Donde habite el olvido,
en los vastos jardines sin aurora,
donde yo sólo sea
memoria de una piedra sepultada entre ortigas;*

y termina de esta manera:

*Allá, allá lejos;
donde habite el olvido.*

Pues bien, hoy sabemos dónde habita el olvido. El olvido habita en México DF.

Luis Cernuda, exiliado español que vivió en dicha ciudad, casi siempre en casa de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre (Tres Cruces, 11, Coyoacán), desde 1952; que fue profesor de la UNAM (Universidad Autónoma de México) durante varios cursos, y que murió en la misma ciudad el 5 de noviembre de 1963, en el citado domicilio de Concha Méndez, está enterrado... nadie sabe dónde. ¡Donde habite el olvido!

Nadie, ni los escritores mejicanos que participaban en el recientemente celebrado Encuentro Internacional de Escritores, ni los hijos de refugiados españoles, ni los refugiados mismos que interrogamos al respecto —ni Luis Rius, ni Santiago Genovés, ni Paco Ignacio Taibo— supieron darnos noticia de la tumba de Luis Cernuda. Tampoco conocían su emplazamiento los poetas españoles que nos acompañaban —Carlos Barral, Caballero Bonald, Angel González—, ni los otros escritores de la delegación española —Cela, Sueiro, Armas Marcelo— participantes en el Encuentro. De todos nosotros, sólo José Esteban, que por tercera vez visitaba México y por tercera vez se interesaba sin fortuna en localizar los restos del poeta, trató en su agenda un nombre: el Panteón Español.

Así es que hacia allá nos dirigimos varios de nosotros, bajo el sol cenital y las puntuales nubes tormentosas del mediodía mejicano. Al llegar al cementerio nos encontramos cerradas las oficinas. No quedaba otro remedio que esperar algo más de una hora para que abrieran y nos informaran. El cementerio era grande, superpoblado de panteones y cipreses como cualquier cementerio español de gran ciudad. Yo recordaba, por contraste, los primeros versos de la Elegía anticipada:

*Por la costa del Sur, sobre una roca
alta junto a la mar, el cementerio
aquel descansa en codiciado olvido,
y el agua arrulla el sueño del pasado.*

*Desde el dintel, cerrado entre los
muros,
huerto parecería, si no fuese
por las losas, posadas en la
hierba
como un poco de nieve que no
oprime.*

Nos encaminamos a la capilla, por ver si al cura le sonaba, al menos, el nombre del poeta. No, no le sonaba. Había oído nombrar muchas veces a León Felipe, pero nunca a Luis Cernuda. Nos lo temíamos.

Dimos unas vueltas por los alrededores para hacer tiempo. Angel González se hizo con una botella de tequila, y Pepe Esteban y yo le ayudamos a vaciarla. Descargó la tormenta. Abrieron por fin las oficinas y consultamos los registros. Había dos o tres Cernudas, pero ninguno era Luis. Nadie había oído tal nombre. Nadie sabía que estaba allí enterrado el más grande poeta español del presente siglo. Si es que estaba allí. Pepe Esteban juraba y perjuraba que se lo había asegurado la propia Paloma Altolaguirre. Pues no, allí no había ningún Luis Cernuda. O era ya sólo

*memoria de una piedra se-
[pultada entre ortigas...
Allá, allá lejos;
donde habita el olvido.*

